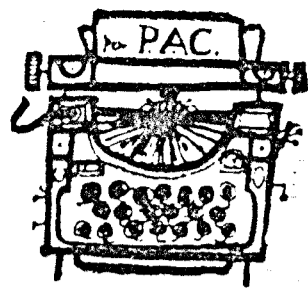


# El rescate



Esta semana, mientras se reunía el Sínodo en Roma, se celebró en el santoral católico el día de San Francisco, figura ante la cual nunca dejo de detenerme, por muy a prisa que vaya el calendario, con una vieja y nunca disminuida admiración y cariño. Desde muchacho que leí su vida —posiblemente inducido por los inevitables Motivos del Lobo de Rubén— me fascinó su maravillosa personalidad: la manera cómo hizo de su vida un poema (San Francisco es, posiblemente, el hombre que con más libertad y gracia HIZO su propia vida) y cómo esta plenitud de vida, por ser vida, resulta la más alta aproximación humana a Cristo, culminada en su crucifixión mística. En otras palabras, y mirando el revés de la trama, San Francisco es el más logrado ejemplo de la capacidad humanizadora del Evangelio: es el hombre evangélico, la muestra de cualidades y virtudes que la humanidad puede sacar de sí misma si hace vida el Evangelio: el anuncio de una alegría infinita que está en la tierra y que puede y debe extraerse de la tierra con sólo que miremos la tierra o que ajustemos el ojo (eso es la conversión) a la mirada con que Cristo —creador de la tierra— ve la tierra. Las Bienaventuranzas no son otra cosa que eso: la mirada que descubre lo verdadero. O más simplemente: el Amor mirando al mundo.

Fue con ese amor que Francisco miró al mundo y al hombre.

Pero, dije que su fecha, esta vez, coincidió con el Sínodo. Proyectada la vida y misión profética de Francisco sobre este acontecimiento, cobra una luminosa actualidad que puede servir de faro a muchos hombres desconcertados por la situación actual de la Iglesia.

Para comprender la obra del Santo de Asís hay que partir del presupuesto que, generalmente, suelen rechazar los fanáticos: que "la Iglesia necesita siempre ser corregida y enmendada" como dijo el Papa Alejandro. Cuando el POVERELLO comenzó su misión, escuchó de Cristo esta orden: "Ve, Francisco, repara mi Casa, que está a punto de hundirse". Y cuando el Papa Inocencio lo recibió tuvo un sueño coincidente con esta vocación: vio la iglesia primada de la cristiandad, la Basílica laterana cuartada, casi en ruinas y sólo sostenida por los hombros del frailecillo harapiento de Asís.

A la Iglesia la estaba hundiendo entonces una tradición —no la evangélica— sino la formada por las adherencias de una historia de siglos que, por muy noble que fuera, no respondía a la doctrina del Divino Fundador. Esa tradición había comenzado con un hecho hermoso: el reconocimiento y acatamiento del Poder Imperial a la Iglesia de Cristo. De esa relación inicial, sin embargo, se había pasado lentamente a la idea de Cristiandad (es decir a la idea de cristianismo como una unidad político-religiosa), luego a la idea y realización de un Sacro Romano Imperio, y luego a la exaltación del Papado como supremo poder espiritual de Occidente. Pero el poder espiritual pronto se convirtió en poder político, en reino temporal, en dominio, en riqueza, en boato.

La Iglesia que encuentra Francisco de Asís es la Iglesia en el apogeo del Papado. "La Iglesia en la cumbre del poder y de la autoridad: domina sobre el Imperio y todos los reyes cristianos la acatan. Es el más alto prestigio del mundo". Pero este formidable éxito sobre la historia no probaba, ni mucho menos, la vitalidad evangélica de la Iglesia. Al contrario, Cristo le dice a Francisco: "Mi Casa está a punto de hundirse".

¿Es la primera lección! Todo iba muy bien, dicen ahora los "tradicionalistas", los que ven desde fuera la cáscara lustrosa de la rutina; todo iba bien cuando vino el Concilio y abrió las puertas a la

crisis. —¿No será lo contrario? ¿No será que bajo una nata espesa de cosas inertes estaba lo podrido y que fue el buen Papa Juan —como otro Francisco— quien oyó la voz: destapa eso, airea mi casa, renuévala, vuelve al Evangelio? ¿O es que creemos que vivimos el Evangelio porque un Jerarca dice la oración con que se abre un Congreso; o porque tenemos colegios cristianos para niños ricos, o porque contamos con piadosos católicos que devoran a sus prójimos pero contribuyen al esplendor de los templos; o por las estructuras opresoras que ayudamos a sostener, escudándonos en el cómodo refrán burgués: no hay que meterse a reductor porque se muere crucificado?...

Pero volvamos a Francisco. ¿Qué hizo en aquella análoga situación del Siglo XIII?

Predicó con el ejemplo de la pobreza total, de la fidelidad absoluta al Evangelio y del ejercicio pleno del amor, el mensaje revolucionario de una Iglesia pobre, libre y evangélica. Francisco ni siquiera acusa, es su santidad la que acusa; es su pobreza la que denuncia, es su caridad la que reforma. La conmoción que produjo Francisco —aunque no logró quebrar del todo, en la alta jerarquía, la resistente tentación del poder temporal—, sí hizo brotar una corriente renovadora que se abrió paso hasta nuestros días, purificando y evangelizando grandes zonas humanas que acabarían imponiendo el verdadero concepto de Iglesia, pura y libre de cualquier implicación de dominio terreno. Corriente, además, que no sólo fructificó en la Iglesia sino al margen de ella, preñando la cultura de Occidente de un sentido nuevo y revolucionario del humanismo, sin el cual no se explica el proceso que va del Feudalismo al Marxismo, ni el desarrollo de las ideas humanitarias a favor del pobre y de su liberación.

En la época de la Iglesia hecha poder, Francisco encarna la humildad hecha vida.

En la época de los Papas imperiales de fastuosas cortes, Francisco hace su esposa a la Dama Pobreza.

En la época de las Cruzadas —cuando el mismo Papa Inocencio convoca a los cristianos a la guerra y ofrece ir en persona al frente del ejército— Francisco, inspirado por Dios, se va desarmado y sólo con un fraile donde el Sultán musulmán a predicarle el Evangelio y opone a la violencia la no-violencia del amor y condena la "guerra sacra" con las mismas palabras con que Cristo ordena a Pedro: "guarda esa espada".

¿Un loco? ¿Un extremista? ¿Un insensato? ¿En qué mente podía haber reformado lo estatuido en su mayor auge, desertar de "la obligación" de hacer la guerra "al enemigo de la fe", exaltar a los desposeídos, poner en acción las Bienaventuranzas?

Pero Francisco era un Profeta. Abría los siglos venideros. "El Mensaje de Francisco no fue entonces comprendido —dice Basetti-Sani. —De Inocencio III a Pablo VI hubieron de pasar más de siete siglos para que se comprendiera que el ejercicio de la autoridad evangélica del Vicario de Cristo y de los obispos no comportaba derecho o pretensión de dominio temporal. Si lo hubieran comprendido bien los contemporáneos del santo, la historia de la Iglesia habría podido tomar un sesgo distinto superando espiritualmente las graves luchas entre la Iglesia y los poderes temporales", que, entre otras consecuencias produjeron el Protestantismo. Si la obra profética de Francisco hubiera sido plenamente incorporada a la vida institucional de la Iglesia tampoco las reivindicaciones sociales hubieran abierto su cauce, resentidas o marginadas, desde una filosofía atea y materialista.

---

## 4 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

---

ta, sino en la continuidad de la obra del Poverello que es la de Cristo.

Pero, ya lo dice en la Biblia la voz permanente de Isaías: Cuando el pueblo elegido traiciona, Yahvé "vuelve su mano contra los suyos" y los sacude "y limpia como con lejía sus escorias" (1.25) o se vale

de Ciro, el persa, el enemigo de la fe y lo llama "ungido del Señor". Dios siempre rescata con manos propias o ajenas.

... Y la crisis actual de la Iglesia no es otra cosa que ese rescate.

**PABLO ANTONIO CUADRA**